zaccarino, que era el que la tenía en custodia; mas no hallándolo, porque lo supo á tiempo y se refugió en Castelnuovo, le asaltaron la casa quemando y destruyendo cuanto en ella había.

Noticiosos luego los amotinados de que en el Mandaracho, barrio junto á la marina, había un mercader de ella, corrieron allá, y no escarmentados con la voladura de la tarde anterior, entraron de tropel con algunas cuerdas encendidas; é inflamándose la pólvora, que efectivamente en buena cantidad estaba allí almacenada, su explosión arruinó la casa, con muerte de cuantos estaban dentro y en sus alrededores, cuarteando los edificios contiguos, y estremeciendo toda la ciudad. Pero mientras unos huían desparavidos y otros se acercaban á sacar de entre los escombros á los heridos, que pedían socorro con dolorosos clamores, un pelotón de pueblo en el mayor desorden corrió al palacio de D. Ferrante Carmocelo, dueño de Castel de Sangro, apoderándose de un depósito considerable de excelentes armas que en él había. Y el efecto que hizo en los ánimos la explosión, y el disgusto de las desgracias que con ella habían ocurrido, y las disputas por el reparto de las armas nuevamente adquiridas, y palabras irritantes, y noticias sin fundamento que circularon por la muchedumbre, acrecentaron tanto su furor inspirándole tal frenesí de desorden, de destrucción, de venganza, que noticioso el Virey avisó desde Castelnuovo á Santelmo que tuviera la artillería pronta para la primera señal (1).

No se creyó al cabo conveniente hacer uso de esta medida extrema, y el duque de Arcos para divertir un momento el furor de los sublevados, ó para tentar el camino de amansarlos, ó para empezar á poner en ejecución su proyecto de aumentar la desconfianza que de los nobles tenía el populacho, rogó al príncipe de Bisignano, á pesar de lo escarmentado que estaba del día anterior, ó acaso por esta razón misma, que volviese con nuevas ofertas á la plaza del Mercado. El buen caballero prestó á disgusto, aunque de muy buena fe, desoso de manifestar su celo por el servicio de la corona; y con Héctor Ravaschieri, príncipe de Satriano, salió de Castelnuovo. Eran ambos personajes de mucha importancia en el reino, condecorados con la excelsa insignia del toison de oro, y atravesaron á caballo la marina, llevando en la mano un escrito del Virey, ofreciendo al pueblo la abolición total de los impuestos sobre la fruta y las harinas.

Llegaron á la plaza del Mercado, no sin dificultad y aun peligro, porque el furor popular andaba muy crecido y demandado; y oyeron en su tránsito ya vívas y alabanzas, ya mueras y vituperios, según las ideas momentáneas de los grupos que atravesaron. En la plaza, ceñidos de espesa muchedumbre, en presencia de Masanielo y de los otros jefes de la insurrección, volvieron á las arengas y exhortaciones, leyendo en sonora voz las ofertas del Virey. Los sublevados que, orgullosos con el buen principio de su empresa, llevaban ya mucho más adelante sus pretensiones, y cansados de tantas promesas no cumplidas, se agitaron furiosos en derredor, comunicando su movimiento á los ángulos más remotos de la plaza; y con espantosos bramidos, afrontando el nombre del Virey é insultando á sus nobles mensajeros, pidieron á una la abolición de todos los impuestos extraordinarios establecidos por los vireyes; y que les entregasen sin demora el privilegio original de Carlos V, en que estaban consignadas clara y terminantemente las exenciones de que debía gozar la ciudad. — Desairados y aburridos, trataban de retirarse ambos príncipes, cuando llegó el de Montesarchio, con nueva comisión del Virey; pero sin dejarle hablar se alzó tal gritería, fueron tan formales las amenazas y aun los amagos, y llegó á tal extremo el calor de las apiñadas turbas, que los tres con dificultad suma, y con peligro inminente de ser sin piedad despedazados, se refugiaron más que de paso á su guardia. El sagaz y perseverante Julio Genovino era el que había recordado este documento importante para el pueblo, y el que para empeñarlo á que con todo tesón lo solicitase, no le había pintado como la panacea que debía curar todas sus miserias y desventuras (2).

Creía por puntos el furor popular, viendo ya en todo engaños y traiciones de la nobleza, idea que los directores de la conmoción inculcaban con empeño en las masas, ignorando ¡insensatos! que con ella arribaban á los planes del Virey, inutilizaban todos sus esfuerzos, quitaban consistencia al movimiento, se creaban enemigos temibles, y hacían imposible todo futuro arreglo en bien del país.

Resonando por todas partes el tremendo grito de *¡á las armas!* cuando nadie las había soltado; tocando las campanas á rebato, como para provocar á reunión, que hacía veinticuatro horas que no se disolvía, y que continuamente se acrecentaba; se preparaban las agitadas turbas á combatir, no se sabe con qué enemigos; cuando los PP. dominicos, á pesar de la mala acogida que tuvieron el día

anterior los Teatinos y Jesuitas, quisieron salir también en procesion á probar fortuna. Pero á pocos pasos, viendo que el populacho los escarneaba y baldonaba, y que hollando todo respeto se arrojó hasta arrancarles la cruz que los guiaba (3), retiráronse afligidos y escandalizados á su convento; y en su iglesia, como se había ya hecho en las demás por orden del Arzobispo, manifestaron el Santísimo, apelando á la misericordia del cielo, única que podía salvar ya la desventurada Nápoles de la calamidad que la afligía y de los desastres que se le preparaban.

CAPITULO VIII.

En medio de la confusión y desorden que la ira sin objeto, y el movimiento sin dirección producían, apareció á caballo, también mensajero del Virey, el prior de la Rocella; y como todos, sin dejarle hablar ni respirar siquiera, le pidiesen con desaforados gritos el privilegio de Carlos V, se le ocurrió en mal hora, para salir del apuro, decir que estaba en el archivo de San Lorenzo. Y la masa popular que lo estrechaba, con uniforme impulso llevándose consigo, se lanzó en la dirección de San Lorenzo, con un clamoreo aterrador. El aturrido caballero, que había soltado la especie á tientas como medio evasivo, ignorando si el tal documento estaba allí, y cómo buscarlo ni exigirlo en caso de que estuviese, y si era posible acercarse y penetrar en aquel punto fuerte, defendido por soldados españoles, trasudaba acongojado, sin saber cómo salir del compromiso en que tan ligeramente se había puesto, y en que le iba de seguro la vida. Pero hizo su buena suerte que el pueblo se distrajese y arremolinase un instante, por cualquier incidente insignificante, que tan comunes son en los grandes bullicios; y aprovechándose el Prior, saltó todo correr por una callejuela, logró esconderse en un convento de teatinos, y de allí volver disfrazado á Castelnuovo (4).

El Virey, aunque con mentido semblante mostraba sentir en el alma el mal suceso de sus mensajeros, y los insultos que habían recibido los ilustres mensajeros, se complacía sobremedura, porque encarándose más y más los ánimos de nobles y plebeyos, se hacía cada instante más imposible su reunión, que era lo que en aquella situación mas temía. Y después de condelose con los fugitivos, y de informarse por sus relaciones, que algo exageraban el miedo y el desaire, del estado de la ciudad; creyó llegado el momento oportuno de servirse del duque de Maddalona, ora para tentar de veras un concierto, ora para también desacreditarlo. Llamólo aparte, dióle sus instrucciones, y volviendo á asegurarse de su buena fe, lo envió animoso en busca de los sublevados.

Presentóse el duque á caballo en la plaza del Mercado, habiendo tenido en su tránsito buena acogida; pues su desenvoltura, su desfilfardo, sus conexiones con la gentuza, y hasta sus desórdenes y calaveradas lo hacían grato á la muchedumbre. Muy bien recibido fué también por Masanielo y por los antiguos conocidos, que capitaneaban las turbas; y rodeado de inmenso gentío, á quien logró imponer silencio, comenzó á exhortarlo á la tranquilidad y á la quietud, ofreciendo que el Virey haría todo cuanto deseara el pueblo. Este, que oyó repetir las mismas razones y las ofertas mismas que le habían ya traído los anteriores emisarios, empezó á arremolinarse y á interrumpir al duque con un sordo murmullo, que creciendo rápidamente acabó en horribles alaridos de indignación; y en el grito, por unánime, aterrador de *¡El privilegio de Carlos V, el privilegio de Carlos V!* estrechando de tal modo al mensajero, que casi tenían suspendido su caballo sin tocar con los pies en el suelo. No se acordó Maddalona, y con desembarazado dijo y con seguro acento: *Bien, dejadme, iré á buscarlo;* é hicieron su voz resuelta y su ademán decidido tal efecto en la muchedumbre amenazadora que lo ahogaba, que arbiéndose le hizo calle, por donde á toda rienda volvió á Castelnuovo.

Aprovechó la ocasión el solapado Genovino (tal vez con ánimo de llamar la atención general para proteger la fuga de su conocido), y alzando la voz arengó al pueblo, inculcándole la importancia de haber á la mano el privilegio que deseaba; porque con él se demostraría cuán ilegales eran todas las gabelas impuestas por los vireyes á la ciudad; y también insistió en la necesidad de exigir que en los sediles de ella se igualase completamente al pueblo con la nobleza, cuya tiránica avaricia, cuyo abandono de la causa pública, decía ser los verdaderos motivos del abatimiento y miseria del reino de Nápoles, y concluyó exhortando de nuevo á la fidelidad al rey de España, pues no eran de modo alguno rebeldes; dirigiéndose sus esfuerzos solamente contra los inicuos ministros que tan mal le servían, oprimiendo á los súbditos, y privándole con vergonzosas rapinas de más de la mitad de lo

que producían los donativos y legales tributos de aquel fidelísimo reino (5). Ideas todas que cundían rápidamente y hacían grande y profunda impresión en las masas populares.

Empezaba la sublevación á tomar la consistencia que da siempre una organización buena ó mala, que regulariza y da unidad al movimiento. Ya estaba acatado y reconocido el pescadero Masanielo como cabeza suprema del pueblo; Domingo Perrone y José Palmbo habían sido nombrados sus tenientes; Julio Genovino, consejero; y un joven osado y fogoso, llamado Marcos Vitale, su secretario. Estos, componiendo una especie de cuerpo soberano y de acuerdo con los otros hombres del pueblo más influyentes, dispusieron nombrar con las formalidades posibles, un electo del pueblo que reemplazase al apreado Naclerio; y dieron cierta forma á la masa de sublevados activos, que pasaba ya de ciento cincuenta mil hombres, dividiéndola por barrios ó cuarteles, dando á cada uno por cabos á los que ya ejercían en él influencia, y que más calor y osadía habían demostrado en los acontecimientos anteriores (6).

Organizada de un modo ó de otro la insurrección, fuerza era que ocupase su actividad infernal en alguna empresa; pero no teniendo enemigos con quien combatir, pues no miraban como tales á las tropas que ocupaban el palacio y la altura de Pizzo-Falcone, y aun duraba el escarmiento de la intentona sobre la torre de San Lorenzo, se ejerció en costosas venganzas y en incendios inútiles, que nos es indispensable, aunque doloroso, referir. Masanielo y los otros le rodeaban formaron una lista de más de sesenta casas que debían ser asaltadas inmediatamente, como se verificó sin apelación. Ya se deja conocer que en la designación de ellas tendrían gran parte los odios y resentimientos personales de los que la hicieron.

Era la primera en la lista, cosa natural, la casa de Jerónimo Letizia, arrendador del impuesto sobre el consumo de harinas, á quien tenía el pescadero particular ojeriza por la prision que, como dejamos referido, padeció su mujer. Fué pues inmediatamente acometida y desmantelada, arrojando á la calle por los balcones cuanto había dentro, hasta las puertas y celosías; y amontonado todo, hicieron con fagnias embreadas, de que llevaron á la empresa gran provision las mujeres y los muchachos, una espantosa hoguera. En ella ardieron preciosos muebles, magníficas alfombras, ricas telas, joyas de gran valor, y hasta sacos de dinero. La muchedumbre atizando el fuego, y exaltada á la vista de las llamas que todo lo consumían, gritaba frenética, como refiere Giraffi: *Todo esto es sangre nuestra, así merecen arder en el infierno los que nos la han chupado.* De allí fué la turba, llevando consigo tizonas de aquella hoguera para encender más pronto otras, á la casa, ó por mejor decir para hacer de Felipe Basili, que de pobre hornero había en pocos años héchose poderoso con los arriendos de varios arbitrios, y lo destruyeron y quemaron todo. Viéronse allí arder estrados de riquísimo brocado, colgaduras y cortinajes de damasco, delicada lencería, hermosos espejos de Venecia, cuadros de gran mérito, piezas de vajilla de oro y de plata, y hasta un saquito lleno de gruesas perlas; dos hogueras en la plaza del Espíritu Santo consumieron brevemente tanta riqueza. En seguida fué asaltada y destruida la casa del consejero Antonio de Angelis, á quien llamaba el vulgo *Consejero del mal consejo*, y nada perdonaron las llamas; ni mas de diez mil pesos en metálico que en los mismos sacos en que estaban fueron arrojados en ellas, sin despertar la codicia de los incendiarios.

Sobrevino la noche, y no puso término á la obra de destrucción, pues se dirigieron las turbas á la casa del consejero Miraballo, situada en el arrabal de las Virgenes, y la destruyeron y abrasaron. Luego, acometiendo el palacio de Andrés Naclerio, el electo, entregaron al fuego sin piedad cuanto en él había; arrasaron furiosos un precioso jardín de plantas y flores exóticas, traídas con gran costo y cultivadas con cuidados esmero, y destruyeron en él primorosas fuentes y curiosos juegos de agua (7).

Grandes riquezas, incalculables capitales fueron destruidos en un momento aquel día nefasto, sin considerar cuánto podía importar su conservación para acudir á las necesidades públicas y á las mismas urgencias de la sublevación; pero siempre las turbas populares, que jamás calculan ni piensan en el porvenir, creen ciegas que destruyendo lo que pertenece á sus tiranos, se libertan de la tiranía, y desconocen, en su odio á los ricos, que la suma de las riquezas particulares forma la riqueza pública.

El humo y las llamas de los voraces incendios, que atizados por una muchedumbre frenética, devoraban en cortos instantes inmensos recursos, avisaban á las infelices familias que refugiadas en Castelnuovo tenían desde sus almenas fijos los ojos en la parte de la ciudad donde estaban sus casas, que eran ya víctimas del furor popular, y que caían

de la cumbre de la opulencia en el abismo de la pobreza y abatimiento. ¡Leccion terrible para los que se enriquecen á costa de la miseria pública, haciendo imprudentemente alarde de sus tesoros, sin temer que puede llegar un día en que la víctima se convierta en verdugo!

Lo ciertamente notable en aquella ocasión fué que, en un medio de tanta confusión y desorden, entre aquellas turbas sin ley ni rey, entre tantos miserables desarraigados que carecían de todo medio de vivir, y tantos malhechores y forajidos, aun cuando rodaban por el suelo monedas de oro y piezas de plata, solo tres miserables osaron sustraer algo, y esto harto mezquino y despreciable, para encontrar en el acto un pronto y ejemplar castigo. Pues mirándolos con horror cuantos á la destrucción cooperaban, fueron llevados ante el inflexible Masanielo, quien inmediatamente condenó al uno, que había guardado un freno de caballo, á cincuenta palos, y á los otros dos que habían tomado una taza de plata y un cuadrado que del marco del mismo metal, á la horca: cumpliéndose la sentencia en el acto por mano del verdugo.

Y tambien es digno de notar y lo es de consignarse en la historia, como prueba del espíritu que reinaba en el pueblo napolitano, que en medio del saqueo general y de aquel completo desorden, se salvaban con el mayor respeto los retratos del Rey que se hallaban en las casas proscribas, colocándolos inmediatamente en las esquinas cercanas con fervientes aclamaciones, bajo un dosel improvisado con las más ricas telas, que para este sólo objeto retiraban de las llamas (1). Ejemplo grande del amor incomprensible que conservaban los amotinados al soberano, cuyos ministros escarneaban y cuyos súbditos asesinaban, y muestra clara de que no pensaron los napolitanos en separarse de España, hasta que dieron oídos á instigadores extranjeros, que ya acudían á la ciudad para sacar partido de las circunstancias.

CAPITULO IX.

La pretension del pueblo de que se le entregara el privilegio de Carlos V, puso en grande embarazo al duque de Arcos, no porque se negase á hacerlo, sino porque era imposible, ignorándose completamente si existía; pues aunque se practicasen las más exquisitas diligencias para dar con él, fué imposible encontrarlo, ni sospechar siquiera su paradero. El MS. de Agnelo della Porta dice que «no se hallaba, ó por mejor decir, no se quería dar con él, por estar interesados los arrendadores de las gabelas en que no se presentase». El de Capecelatro, digno de mayor crédito, se expresa en estas palabras que traducimos á la letra: «Los curiosos de las antigüedades de Nápoles no han visto nunca el tal documento; pero se dijo que los nobles la habían ocultado». Y el mismo historiador Baldaecchi, citando á estos contemporáneos escritores, añade que muchos piensan que el tal documento fué quemado por los españoles, y otros que fué enviado á España y allí archivado. Lo cierto es que, no pudiendo haberlo á la mano, descubrió el Virey, mientras lo disponía mejor, que se escribiese en pergamino con las fórmulas acostumbradas y con encabezamiento de letras de oro y con sus correspondientes sellos, una confirmación de aquel privilegio; alzando todas las gabelas de la ciudad y del reino, y dejando sólo los impuestos que había en tiempo de aquel Emperador; y se ocuparon toda la noche diestros pendolistas en este trabajo, que fué entregado al duque de Maddalona para que lo llevase al pueblo.

Al empezar el día tercero de la insurrección presentóse á caballo este personaje en la plaza del Mercado, llevando en la mano el flameante pergamino y llamando con él la atención general. Pero apenas empezó á leerlo en alta voz, conociendo el pueblo que no era aquel el documento que solicitaba, y que el mismo duque le había indirectamente ofrecido, prorumpió en desaforados gritos, diciendo: *¡Traición, traición! Mueran los nobles que nos engañan. Queremos el privilegio de Carlos V, escrito con letras de oro, no modernas, sino de aquel tiempo, y no en pergamino nuevo, sino viejo y antiguo.* (2). Quiso turbarlo Maddalona habiendo encontrado, y que aquel tenía la misma fuerza y valor; cuando llegando decidido Masanielo (recorrido acaso que pocos días ántes había recibido á la puerta del duque algunos insultos yendo á vender los tiro del caballo á tierra, amenazándolo de muerte y llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo. Gran peligro corrió el ilustre mensajero, acometido y pisoteado por la muchedumbre, sin que ninguno lograra herirle, por el ansia misma con que todos lo solicitaba. Algunos agraciados que tenía entre la turba lo sacorrieron, y Masanielo mismo, enviándolo preso y maniatado

- (1) Giraffi. — De Santis. — Raph. de Turris.
- (2) Giraffi. — De Santis.
- (3) Capecelatro, MS.

TOMO II

al convento del Carmen, bajo la custodia de Domingo Perrone (4). Mientras duró su prision, que fué pocas horas, tuvo sin duda tiempo de entenderse con su antiguo favorecido y ahora carcelero, combinando atrevidamente un plan harto osado, cuyos resultados no tardaremos en referir; y en cuanto halló oportunidad, ayudado por su guardador mismo, huyó disfrazado, tomó una falúa que lo condujo á una playa remota, y no tardó en volver á caballo á una de sus posesiones no lejana de Nápoles.

Tomasso de Santis y otros autores cuentan que después vino á corto rato el prior de la Rocella con un duplicado del mismo documento; pero en el capítulo anterior, hemos seguido el prolijo diario de Giraffi, testigo de vista, y que no hace en este día mención alguna de él ni parece posible que el Prior, después de haber burinado al pueblo la tarde anterior, viniese sin defensa á entregarse á su venganza; ni que en los escasos momentos que contaron en Castelnuovo hubiera habido tiempo para entretenerse en hacer copias y duplicados, ni que el Virey creyese que desechado el pergamino que llevaba Maddalona, aprovechase el encargado al Prior, siendo enteramente iguales. El conde de Módena, que se complace en exagerar el maquiavelismo, que no negamos, ni aplaudimos, del duque de Arcos, dice, bien que como sospecha suya, que él fué quien avisó á la plebe de que el documento que iba á presentar Maddalona era falso y de ningún valor; como asegura tambien que repartió bajo mano á los amotinados doce mil arcabuces, para que se defendieran de cualquier intencion de la nobleza: especie tan absurda que no necesita de refutación.

De un modo ó de otro, bien fuera sólo por el duque de Maddalona, ó bien acompañado ó seguido del prior de la Rocella, hecha la presentación de la confirmación del privilegio de Carlos V á los sublevados, no hizo este documento otro efecto en ellos, que el de acrecentar su furia y animarlos á proseguir sus saqueos y sus venganzas; y tambien el de aumentar el prestigio de Masanielo con el populacho, pues su violenta acción de poner la mano en tan elevado personaje dió al vulgo una alta idea de su arrojo y de su poder, con lo que ensorberbecido el pueblo, publicó un bando con pena de la vida para el que desertara de la causa popular, y para los que indiferentes é indecisos no la abrazaran y siguieran en el término de veinticuatro horas. Esta disposición aumentó el número de los alborotadores con muchos que tímidos no habían osado presentarse, y acrecentó el número de los refugiados en las fortalezas con todos los que temieron tal compromiso.

Derramáronse las turbas á proseguir los incendios y destrozos; pues habiendo llegado á Masanielo, siempre de asiento en el Mercado, algunos exaltados á quejarse de que el duque de Caivano se jactaba de que su casa no sería asaltada, y de que no tenía á aquellos descamisados (5), mandó acometerla inmediatamente; y no sólo destruyeron y quemaron el palacio que el tal duque tenía y habitaba junto á Santa Clara, ardiendo en él documentos importantes, pues era secretario general del reino, sino que tambien allanaron el palacio en que vivía su hijo, la casa de su hermana, y hasta una quinta que tenía en Posilipo.

En seguida entró el pueblo al almacén de un genovés, proveedor de armas, y tomaron allí mil y quinientas de fuego. Asaltó y arrasó despues el palacio de un tal Cavallos, que de pobre escribiente de rentas, había llegado á titularse duque de Ostuna y á comprar en Puglia un rico estado, que producía sesenta mil ducados de renta. De allí se encaminaron las turbas, cada vez más ansiosas de destrucción, al palacio de César Lubrano, hombre riquísimo, que de mozo de la aduana había llegado arrendando gabelas, á comprar para su hijo un alto título y un pingüe feudo. Y como averiguase el pueblo que había ocultado la noche anterior sus más ricas alhajas y mejores ropas en un convento inmediato, no respetó la inmunidad, y sacando de él cuanto estaba escondido lo entregó á la voracidad de las llamas.

Contar extensamente y por menudo todos los edificios de más ó ménos importancia saqueados, y numerar todas las riquezas quemadas por aquella banda de envergamentos, sería enojoso y desagradable. Baste saber que la ciudad estaba llena de hogueras de destrucción, donde cuanto pertenecía á nobles ó ricos era sin piedad reducido á cenizas; y llegó á tanto el ciego furor de los incendiarios, que arrojaban vivos á las llamas caballos de regalo de gran precio, y las mulas de tiro que encontraban en las caballerizas y hasta las aves domésticas y los perros de caza (6).

Masanielo deseaba emprender algo que acreditase su mando y que diera nuevo aliento á la sublevación. Y aconsejado sin duda por Julio Genovino

- (4) Ibidem.
- (5) De Santis.
- (6) Capecelatro, MS.

(que como tan entendido y experimentado debía conocer que aquellos incendios y venganzas en cosas inanimadas, además de destruir la riqueza del país y de aumentar enemigos, no harían más que malgastar la actividad de las turbas y que al cabo habían de caer en el cansancio, sintoma precursor de la muerte de los alborotos que duran mucho sin positivos resultados), determinó apoderarse á toda costa de San Lorenzo. Su situación en el centro de la ciudad, el ser una especie de casa consistorial, donde en lo antiguo se reunía el parlamento, y ahora celebraban sus sesiones los electos y diputados municipales, por lo que era mirada con gran respeto; el encerrar un archivo público, y el haber allí en una torre bastante fuerte un gran depósito de armas y de artillería, hacían muy importante su ocupación; y no siendo pertenencia real, no creían el atacarlo acto de rebelión, á lo que tanto horror tenían todos aquellos sublevados.

Diez mil hombres se prepararon con el orden que les fué posible para la empresa, de que se encargó Masanielo en persona; y divididos en varios trozos marcharon sin confusión por distintas calles hacia San Lorenzo. Llegados que fueron empezaron el ataque con arrojo, y no sin acertada dirección, contra el convento. Lograron entrar en él, ahuyentando á los religiosos, y establecieron con ventaja para el bestir el torreón. Defendianlo cuarenta buenos soldados españoles, mandados por el bizarro mayor napolitano Diagio de Fusco, y estaban además acogidos allí varios caballeros y empleados, que engrasaban la guarnición. Dió el pueblo la arremetida con calor y no con gran desconcierto; pero la certera calabuceria de los defensores lo rechazaba constantemente con notable pérdida, mas no con escarmiento, pues los apiñados pelotones, hacinando los cadáveres, repetían sobre ellos los asaltos. Y despues de tres largas horas de defensa, combatida la torre desde la calle con un cañón de grueso calibre, desquiciadas sus puertas con petardos, y atacada con arte y con tenacidad por la parte del convento, tuvo que rendirse á discreción. Los refugiados que en ella estaban se evadieron, aprovechando el desorden. Los soldados españoles muy mermados, y se entregaron sin más partido que salvar las vidas.

Importantísima adquisición fué esta para los sublevados, y grande el orgullo del pescadero por la victoria, que aseguró completamente su dominio; el entusiasmo del triunfo fué universal. Dueño el pueblo de la torre de San Lorenzo, enarbó en ella el estandarte real, y debajo el de la ciudad de Nápoles, y expuso en un dosel en la parte exterior con repetidas aclamaciones, y salvó el retrato del rey Felipe IV, que encontró en la sala de juntas; y puso á vuelo la campana mayor, que se llamaba de la Ciudad, y cuyos sonos, que atronaban la atmósfera, retumbando en las bóvedas de Castelnuovo, fueron el primer aviso que tuvo el Virey de la pérdida de punto tan importante. — Quemaron los vencedores casi todo el archivo público, con pérdida de instrumentos de mucho interés para el reino y para los particulares, revolviéndolo todo en busca del privilegio de Carlos V, y se apoderaron de gran cantidad de armas y de municiones, y de diez y ocho gruesas piezas de artillería, que repartieron por las puertas y plazas de la ciudad, provistas de todo lo necesario para servirse de ellas con ventaja (7).

Manifestábase la alegría popular con toda suerte de extravagancias y desórdenes, y los vencedores embriagados con su triunfo se creían ya dueños del universo; cuando llegó la noticia, reproduciendo el alarma, de que quinientos alemanes venían por el camino de Puzzoli, y algunas compañías de españoles, procedentes de la guarnición de Capua, por el de Aversa. Marchó Masanielo al encuentro de éstos con fuerzas tan superiores que los destruyó fácilmente, y envió á uno de sus tenientes contra los otros, que sin mucho trabajo quedaron prisioneros. Más tarde otras compañías de caballos, tambien llamadas por el Virey, se acercaron á Nápoles con las debidas precauciones; y viendo de lejos el muro artillado y las puertas cerradas y defendidas, retrocedieron oportunamente.

Obedientes al terrible tañido de la campana de la Ciudad, empezaron á acudir de todas las inmediaciones hombres armados á engrasar la sublevación; pero Masanielo, que en verdad no necesitaba más gente, y que empezaba á conocer los inconvenientes de la confusión, los enviaba de nuevo á sus hogares, con orden de defenderlos de los españoles y de los nobles, extendiéndose así rápidamente por toda la comarca el movimiento de la capital.

CAPÍTULO X

VIENDO el duque de Arcos que la sublevación tomaba una consistencia peligrosa, y deseando ya tentar el vado á las negociaciones, discurrió, á nuestro modo de ver con poca oportunidad, enviar un mensaje al desvanecido pescadero, pidiéndole cortésmente y como de igual á igual algunos vive-

- (7) De Santis.

res delicados para sí y su familia. Lisonjeado soberanamente el caudillo popular con esta petición, se apresuró a concederla y a enviarle una crecida provision de exquisitas frutas y otros regalados refrescos, en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendía en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugio de Castelnovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta prisa en complacer á sus opresores, ni diese tanto aprecio á halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo; y haciéndolo subir al campanario del Cármen, que señorea el mar, le mostraron una galera que manobrabra con diligencia para acercarse á la playa y tomar á bordo dos compañías de españoles, que debían ir á reforzar la guarnición del castillo, ó á verificar tal vez un desembarco donde más conviniere, para hostilizar á la sublevación. Indignóse Masanielo, y por remediar pronto el descrédito que le podía haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: *á las armas*; y salió decidido con fuerza escogida y numerosa al encuentro de aquellas tropas. Estas, viéndose descubiertas é imposibilitado el embarco, intentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse después de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo; y volviendo los vencedores al mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masanielo repartirles no sólo los refrescos con tanta prisa preparados para el Virey, sino gran cantidad de víveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los más sonoros vivas de la muchedumbre, que comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia, y destrozándolo todo, gritaba: *Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre* (1). Y aun no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfacción á las sospechas de los unos, y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarse más la confianza del pueblo, y para poner en más aprieto á los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecían las tropas, y cortar los víveres á los castillos, que hasta entonces habían conservado franca comunicación con la ciudad.

Mucho cuidado dió al Virey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decisión, y su fortuna regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la causa del Rey y que se reuniese con ellos, le parecía peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular; por lo que se decidió á echar mano de los medios que tenía en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirar al pueblo de San Luis para dar lugar á la evasión de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no había vuelto á trabajar activamente para amansar el motin. Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quien era enemigo implacable, para calmar la conmoción, temiendo que lográndolo, recuperasen su perdida influencia. Mas cuando vió gozoso que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasión le habían sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer la suya, y valiéndose de medios reservados é indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y después de mutuos conciertos pasó el Cardenal arzobispo á Castelnovo á abocarse con el Virey.

Se echó sagazmente aquel día la voz de que unos frailes habían por casualidad encontrado el privilegio original de Carlos V, y que los *electos* de los señores nobles y el P. teatino José Caracciolo lo habían llevado á Castelnovo: noticia que cundió con rapidez, y que fué acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien desconfiara de ella creyéndola un nuevo ardido de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, después de conferenciar largo rato reservadamente con el Virey.

Marchó, pues, en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo, que advertido del caso corrió á la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fué recibido con respeto en ella el Arzobispo, y abriéndose el gentío le dió estruendo paso hasta la iglesia del Cármen. Entró el Cardenal, llevando delante de sí á Masanielo con la espada desnuda en la mano, en derredor los jefes populares, y detrás una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pie en el presbiterio, leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro, y con el carácter de la época en que debió ser expedido.

Tanto á la llegada del Prelado como mientras

duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masanielo con ceño amenazador, y con señas de satisfacción y convencimiento los del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosión de entusiasmo; varias y aisladas voces, que resonaron en el general silencio, manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertóse el Arzobispo, asomándole al rostro la turbación. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masanielo, dijo: *que era ofensiva á su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podía querer engañarlo. No dejó de hacer efecto esta queja del Prelado. Y Masanielo, que le tenía gran veneración, gritó con desenfado: Señor, esta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe á Vuestra Eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalone y á los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de Vuestra Eminencia, defendiendo la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos. Remolinóse el gentío no muy satisfecho, y el Cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fría imperturbable exclamó en alta y sosegada voz: Yo oro que este es el privilegio que se desea; y para quitar toda duda, venga alguna persona indolente, y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo, á reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy á no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad. Este medio, ó preparado de antemano ó ocurrido oportunamente al saqaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados los ánimos con aquella muestra de confianza, fué nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba), como letrado, conocedor en la materia y consejero del pueblo, para examinar el privilegio. Pasó este inmediatamente de las manos del Cardenal á las del poderoso pescadero, quien lo entregó al viejo solapado, que se retiró aparte para examinarlo con detención (2).*

Entre tanto, aunque se acercaba la noche, permaneció el Cardenal firme, como había ofrecido, en el convento del Cármen. Y no perdió ciertamente el tiempo, ántes bien lo empleó dignamente en favor de sus diocesanos. Pues advertido de que estaban decretados nuevos saqueos é incendios, que aquella noche debían verificarse, habló con tanto tino y resolución á Masanielo, y exhortó con tanta unión y celo á los más díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió no sólo que se suspendieran aquellos actos de destrucción, sino que el mismo Masanielo le ofreciese solemnemente que por complacer á tan buen Prelado no se llevarían á efecto los dispuestos para aquella noche, ni se permitirían otros en lo sucesivo. Y mandó echar bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo é incendio. Y en verdad que en aquella ocasión se portó el Arzobispo como buen caballero; pues los palacios designados para ser destruidos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalone y de otros nobles sus más encarnizados enemigos, y de quienes había recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, ó bien porque con la adquisición de aquel documento, falso ó verdadero, se llenaba el objeto de la sublevación, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas; ó porque empezaba á concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero, ó porque, como escribe el historiador Santis, y da á entender el conde de Módena, ambos contemporáneos, estuviere ya vendido al Virey, por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dió por bueno el documento, después de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó varias veces á otros sublevados, también letrados, pero ignorantes, como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente: cuidando él, después de proponerlas, de llamar la atención de los consultados á algunas manchas y señales del pergamino, que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejaban duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el Virey, á quien también había hecho reservadas visitas José Palumbo (3), es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana, á insinuación suya, *electo del pueblo* un tal Francisco Arpayá, en reemplazo de Naclerio, el Virey se dió tanta prisa á complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento, é hizo en el mismo día venir al agraciado á Nápoles, de donde estaba ausente. Había sido este Arpayá compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja; por lo que había estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblecito junto á Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo con la deposición de su fidelísimo consejero, de que era auténticamente auténtico el privilegio que le entregaba el Virey por mano del Arzobispo, mostróse muy satisfecho, y dispuesto á recibirle con entusiasmo,

(2) Giraffi. — De Santis. — Raph. de Turris. De Santis.

como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparación de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy avanzada, permaneció el gentío en bulliciosa quietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El Arzobispo, ufano y contentísimo del buen éxito de su misión, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venía acompañado, y en que el Virey con el refrendo del consejo colateral ofrecía el más completo olvido de lo pasado, y en nombre del Rey el perdón más lato y general á cuantos hubiesen tomado parte en la rebelión. Estas mal escogidas palabras, á que tanto horror tenía el pueblo de Nápoles, causaron un sentimiento de indignación, que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío, y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido, que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: *No somos rebeldes, no necesitamos perdón; ¡viva el rey de España, muéran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano* (4)! se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca; remolináronse las turbas en la confusión de las tinieblas, retumbaron los tambores, cruzieron las armas, creció la gritería; y hubo un momento terrible de desorden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masanielo fué completamente desconocida.

Al cabo los esfuerzos de este y de otros cabos populares, las rápidas arengas de la misma, las voces ó protestas del Cardenal, y la misma vehemencia de la excitación, que debía hacerla pasajera, aquietaron poco á poco aquel vértigo de furor, dando lugar á nuevas exhortaciones del Prelado, que mostrando largamente su sangre fría, la conciencia de su dignidad, y el valor cívico más completo, dijo al pueblo: que el duque de Arcos no había querido ofenderlo, y que supuesto que le descontentaba la fórmula en que se había extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos que juzgase más honrosos y convenientes, seguro de que la firmaría y sellaría el Virey. Fué, como debía de ser, muy bien aceptada la propuesta, y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia, y se acercaron al Prelado; pero no para extender una simple cédula de indulto, sino para convertirla en una verdadera capitulación con la suprema autoridad: así crecen las exigencias de los motines, á medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al Cardenal el partido que querían sacar los alborotadores de la incauta propuesta, que había juzgado único medio de conciliación. Pero era ya tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos, y gente no muy exagerada. Nombráronse pues al efecto á Masanielo, á Julio Genovino, al nuevo *electo* Arpayá, que llegó á tiempo, á dos ó tres de los jefes populares de más nota y á algunos clérigos y letrados; y presidida esta junta poco numerosa por el Arzobispo, se retiró á la sacristía del Cármen á desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulación.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposición de que fuese entregado el castillo de Santelmo al pueblo, como rehenes y seguridad del tratado; pues hallando casi general acogida en la junta, tuvieron que trabajar mucho el Arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del Rey, y que no se le podía quitar sin acto de rebelión, hizo en todos, y particularmente en Masanielo tanta fuerza, que fué desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrasca, y el Arzobispo cardenal dió en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias; mostrándose más amigo verdadero de los intereses públicos, que los que con tan escasas luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus más celosos defensores.

CAPITULO XI

Mientras continuaba la junta su penoso trabajo, y después de noche tan agitada y borrasca, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del día 10 de julio, cuarto de la sublevación; y Masanielo, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podía alcanzar su comprensión, en arreglar aquellas masas, que armadas y sin objeto vagaban por todas partes. Dispuso reunir las y restituirles para darles una organización cualquiera, que á lo menos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó pues mues-

(4) Giraffi. — Raph. de Turris.

tra general, con grande espanto de la parte indiferente ó contraria de la población, que vió reunidos y armados en aquel acto más de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos ó seiscientos, con sus cabos respectivos; y de la reunión de varios de ellos formó cuerpos ó divisiones, nombrándolos jefes, dándoles bandera, y señalando á cada uno el puesto en que se debía establecer y los puntos adonde acudir en caso de alarma. Trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes ó mulas, algunas piezas de artillería. Consignó completamente el poderoso pescadero verificar esta organización en pocas horas; y deshecha la reunión se quedó, aclamado de nuevo Capitan general del pueblo, con un cuerpo escogido de siete ó ocho mil hombres, en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masanielo, á pesar de sus ofertas al Arzobispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que había aún ocultas considerables riquezas. Y efectivamente se encontraron detrás de unos tabiques, y fueron entregadas á la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando á sus hijos, aun á los que llevaban al pecho, á hacerlo también con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido á los que se engrosaban con la sangre de los pobres.

Otra turba fué de *motu proprio* á asaltar el palacio de Maddalone, salvado la noche anterior. Pero lo halló tan bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del duque ausente, que no se atrevió á pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo la codicia, que ya empezaba á sacar la cabeza, ó el encono de una enemistad particular, arrancó á Masanielo la orden de asaltar la casa de Cornelio Spinola. Pues aunque era notorio que lejos de ser opresor del pueblo, había aconsejado resueltamente al Virey, primero, que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luego, que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y aunque nadie ignoraba que no había hecho su riqueza especulando con la miseria pública; era muy rica, calidad que basta para ser perseguido en las connotaciones populares; por la envidia y la codicia, cuando se rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente avisado á tiempo el opulento genovés, tuvo modo de guarecerse su casa de valadores y amigos armados, que la hubieran á toda costa defendido, dándole espacio para poner á buen recaudo sus caudales y sus más preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia viendo que tenían que librar un combate; y Masanielo, ó por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, ó arrepietido de su inconsiderada orden, ó aconsejado oportunamente por Genovino, que debía favorecer al rico comerciante, volvió en persona á contener á aquella gente y á evitar la tropelía. Contentó mucho su resolución á la generalidad, lo que visto por el caudillo, y consultando el deseo de los mejor intencionados, dió completa satisfacción del susto al Spinola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; y aprobó la instable y voluble muchedumbre, convirtiéndose los *mueras* y los baldones en *vivas* y en aplausos.

No asustó menos al genovés este honor tan inesperado, que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le confería la sublevación, manifestando que, por extranjería y por no ser individuo del consejo, no podía legalmente ejercerlo. Pero insistió Masanielo en que lo aceptara, y sólo otros graves acontecimientos, que vamos á referir, lo libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no sólo atendió á organizar la fuerza sublevada, sino también al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de policía, cuidando del abasto de la población, y dando vado á todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado, con un palco en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo *electo* Francisco Arpayá, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias, oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intención y recto juicio, los asuntos más graves. Con su tosea y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de mariner, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado; decidiendo sin apelación en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiendo todos sin réplica á su decisión absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que ántes de pronunciar Masanielo sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente, como para

reflexionar, pero realmente para poder oír al consejero. Y que un día que para darse más importancia (pues aunque ignorante sabía usar por instinto la charlatanería é impostura necesarias en su posición) dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez, para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo*; le contestó un chusco: *Dí que te inspira el Padre Eterno*, aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con barba blanca.

Cerca del mediodía fué terminada en la iglesia del Cármen la capitulación, que debía ser leída al pueblo para que la aprobase. Y el Cardenal envió á su hermano, fraile capuchino, á Castelnovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos, y exhortarle á no oponer una resistencia inútil á las nuevas exigencias. Este le contestó, que en cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia les daría su sanción. Y entre tanto le envió una pragmática en forma, revalidando el privilegio de Carlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indulto completo, sin usar de las palabras *perdon* y *rebelion*, que tan mal efecto habían causado, y acompañada de un billete de su puño pidiendo al Prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia.

Con tan buen despacho, y creyendo el Arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó á Masanielo que renunciera el pueblo en la plaza del Mercado, para oír los artículos acordados que debían luego presentarse á la aprobación del Virey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe popular dió inmediatamente sus órdenes para que á las dos de la tarde concudiesen en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fuerza bien armada y provista, dejando el resto sobre las armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentío, que acudió ansioso á ver el desenlace de aquel espantoso drama, y el fin anhelado de tan violenta situación. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros, á caballo y armados completamente, causó general inquietud. Esta aparición inesperada sorprendió tanto á Masanielo como á la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venía á reforzar al pueblo y á ayudarle en su empresa. Y esta misma explicación la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se les acartelara, y sobre todo que se dejasen los caballos, porque incomodaban con ellos al gentío. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndolos echar pié á tierra, que al cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo; y aun algunos de ellos entraron, con pretexto de rezar á la Virgen, en la iglesia del Cármen, donde no faltaba concurrencia.

Entró Masanielo en el convento para avisar al Arzobispo de que ya esperaba el pueblo impaciente la lectura de los capítulos y la publicación del privilegio. Y estaba en la sacristía concertando con el Prelado el modo de verificar uno y otro; cuando Perrone, pálido y alterado le hizo de lejos señas, llamándolo hacia el presbiterio, como para darle algún aviso urgente. Salió Masanielo presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonación de un tiro de arcabuz, cuya bala pasó silbando sobre su cabeza, atronó el templo: *¡traición! ¡traición!* gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle. Perrone había desaparecido. Y puesta ya en confusión la turba que ocupaba la iglesia, creció con los que acudieron al ruido de las descargas, conmoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente lo ocurrido, revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Estos pensaron al pronto en resistir; y disparando sus armas fueron contestados con las del pueblo, creciendo la confusión y la gritería. Corta fué la pelea. Furioso el pueblo destrozó sin piedad á los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables á la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imagen de la Virgen les sirvieron de amparo. Mas de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inmundando con su sangre el pavimento de la plaza, donde había ya más de ciento y cincuenta cadáveres, se refugiaron al convento forzando la portería, corrieron la misma suerte. Tres fueron despedazados en la sacristía, uno de ellos bajo el sillón mismo del Arzobispo y oculto con las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierta ya que era el alma de la conjuración, y que se había escondido en una celda, murió á cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor denodado lo defendió primero, y luego con fervor religioso le ayudó á bien morir; teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazarse con la imagen de la Virgen. Un hermano de Perrone fué muerto de un pistolazo. Y seguía por todos lados la matanza y el encarnizamiento con los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ansia, y lo mis-

mo los que más léjos se escondían: su exterminio era irrevocable. Muchos aun procuraban el asilo del convento, donde corrían su miserable suerte en brazos de los religiosos, que con los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban á unos, absolvían á otros, intercedían por ellos, y aun se predicaban á sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos á ser víctimas del ciego furor popular.

El Cardenal arzobispo se portó del modo más digno y heroico, contentiendo á unos, amparando á otros, dando la absolución á los moribundos, y volando adonde creía ver víctimas que salvar, sin curarse del silbido de las balas, ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusión llegó perseguido y ya herido á ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone y cómplice en aquella conjuración, y pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habían venido por orden y disposición del duque de Maddalone y de su hermano don José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone, para matar á Masanielo y apoderarse de la ciudad; con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y legarian al anochecer. Esta declaración de Grasso voló de boca en boca, mas tan desfigurada como siempre acontece, y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado había descubierto estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Cármen, y soterrados ya ventiocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecución, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que la refiriese como cierta (1).

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la atmósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega, y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fueron cortadas las cabezas de los bandidos muertos, y colocadas por orden de Masanielo en unas pértigas al rededor del Mercado y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios más lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas; dejando en las calles regueros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

CAPITULO XII.

Grande y justa era la indignación general contra el duque de Maddalone, autor del horrible atentado, que había impedido la deseada avenencia, estremecido la ciudad, y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza, que lleva sólo á la perdición. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardía en el corazón de Masanielo, cuya salvación atribuía ya el vulgo supersticioso á milagro de la Virgen, propanando que las balas se habían detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Cármen que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y apasionados otros muchos más por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores, para seguir descubriendo y matando fugitivos, é impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fueron encontrados y muertos, y enviadas sus cabezas á adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo Masanielo, en lo que más empeño tenían era en haber á las manos al duque de Maddalone. Y cuando furiosos grupos lo buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Eren, de PP. capuchinos. Dirigióse allí la indignada muchedumbre; pero el duque, advertido á tiempo, vestido de fraile se puso en salvo, y tomando luego un caballo huyó á Benevento. Furioso el pueblo por su evasión revolvió contra su palacio, donde mató á algunos dependientes y lo quemó y destruyó todo. Pero por orden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron empapadas (2).

Súpose después que aquella mañana se había visto á caballo en un barrio excusado á D. José Caraffa, hermano del duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la Rocella, de quien dejamos hecha mención en esta historia; y que se habían ambos ocultado luego en el convento de Santa María la Nueva. Más de cuatro mil sublevados volaron iracundos á buscarlos y descubrirlos á toda costa. El rumor de las turbas avisó á los refugiados; y el Prior trató de convenir á su amigo de cuánto importaba dejar aquel

(1) Giraffi. (2) Giraffi. — De Santis.